

20. Al asalto de la última frontera

A LAS 23:30 DEL 28 de septiembre de 2005, los cameruneses, cuyo gueto está cerca del sendero que conduce a la frontera, dan la señal: «C'est chaud! *It's hot!*». Debido a la amenaza permanente de redadas, al menor grito los campamentos se despiertan sobresaltados. Comienza un murmullo que va aumentando poco a poco de volumen hasta transformarse en clamor: «¡La gente ya está en pie de guerra! ¡Todos listos!». La primera tropa de irreductibles empieza a bajar hacia el punto de encuentro. Los jefes de los guetos se dan cuenta inmediatamente de lo que se está tramando y mandan a sus milicias para que nos frenen. Cuando llegamos al claro designado para reunirnos, los policías de los distintos guetos están ya al acecho y nos lanzan piedras para dispersarnos. Pero estamos decididos a llegar hasta el final. Nos animamos a voces entre nosotros y una consigna recorre nuestras filas: «¡Poneos una chaqueta o una camiseta alrededor de la cabeza para protegeros de las piedras!».

Al principio, en el claro no somos más que un centenar de iluminados, pero un malí llamado Yusuf se encarga de motivar al grupo: «Llevan demasiado tiempo quedándose con nosotros. Ni nos dejan entrar ni nos dejan comer. ¡Más vale morir que vivir de rodillas!». Yo le conocí como participante asiduo en los torneos de damas, y ahora, con actitud guerrera, caldea los ánimos mientras lanza piedras hacia la milicia. «No somos animales, basta ya de sumisión, ¡al ataque!». De pronto, la policía de los guetos baja la loma agitando los brazos. Mientras nos preparamos para darles su merecido, llega a nuestros oídos una súplica: «¡Dejadnos ir con

vosotros!». Yusuf pide calma: «¡No les tiréis piedras, son camaradas que acaban de romper filas!». Mientras se unen a nosotros, nos aseguran que nos han lanzado las piedras sin apuntar, sin ganas, solo para dar el pego.

En cuanto su policía se pasa al enemigo, los presidentes pierden de golpe todo su poder. De organizadores ineludibles de los convoyes y de la vida en los campamentos, pasan a ser la retaguardia de una expedición que ya no controlan. La mayoría de ellos intentará saltar la valla a la desesperada antes que seguir reinando sobre guetos abandonados. Salvo, claro está, los hombres de negocios como Abdelkader, que no tienen intención de entrar en Europa. Esos se replegarán a toda prisa hacia sus bases en Tánger, Tetuán o Rabat.

Reemprendemos la marcha hasta llegar a un claro menos próximo a los guetos, donde nos sentamos a debatir. Allí, por primera vez, planeamos cómo acercarnos y asaltar la frontera en asamblea abierta. Cada comunidad designa a un portavoz. A mí me toca traducir al fulani, a un malí le toca hacerlo al bambara y un camerunés —a pesar de que en ese momento haya pocos anglófonos presentes— traduce al inglés para los nigerianos. Y así para cada idioma y para cada gueto. Decidimos aguardar en silencio hasta las dos de la mañana. Queremos llegar a la barrera todos a la vez; en este momento somos casi doscientos. «Hay que avanzar de frente, con los que van a poner las escaleras en primera fila. Si avanzamos todos juntos, no podrán coger a nadie. Y si tenemos ocasión de cortar la frontera, la cortaremos». Lo cual quiere decir, hablando claro, que anhelamos derribar la valla bajo nuestro peso.

Mientras discutimos, no paran de engrosar nuestras filas nuevos candidatos. Decidimos cambiar de lugar de reunión y nos trasladamos a un monte bajo apartado, al abrigo de oídos indiscretos. Ante todo hay que evitar como sea que nos vea la policía marroquí. Elegimos un sitio donde la espesura nos tapa, y esperamos

a que llegue la hora acordada. Pese a todo, un nutrido batallón de gente que se ha enterado tarde del plan, se suma a nosotros a tientas. Hasta los indecisos aparecen poco a poco, porque saben perfectamente que si conseguimos pasar esta noche, mañana los policías marroquíes lanzarán una expedición de castigo y ya nunca más los dejarán en paz.

A partir de ese momento nuestra tarea consiste en calmar a la gente para que no haga demasiado ruido. «Sentaos, sentaos», vamos susurrando de grupo en grupo. El bosque está que hierve de cuchicheos y parece de golpe superpoblado. Ya no queda sitio en ningún lado. Decidimos emprender camino hacia la frontera sin más dilación. Circula la consigna: «¡Ahora o nunca, no dudéis, todo el mundo a la valla, al ataque!». Enardecido, nuestro ejército de muertos de hambre baja hacia la frontera. En la ladera de la colina, el grupo que va delante se topa con un Alí de guardia que está charlando con un civil. Cuando nos ve, empieza a lanzar insultos y amenazas a grito pelado, pero tras ser violentamente zarandeado, sale por patas. Del otro lado de la frontera, una patrulla de guardiaciviles nos increpa, pero acto seguido se dan cuenta de que estamos todos ahí. Atónitos, ven cómo nuestra tropa se precipita sobre la valla y apoya en ella decenas de escaleras improvisadas. Antes de que puedan reaccionar, la primera oleada corona ya la cima de la alambrada exterior. Somos tan numerosos que no hay escaleras para todo el mundo. La nuestra se rompe bajo el peso de cuatro o cinco exaltados que querían subir todos a la vez, así que escalamos a pelo, con pies y manos. Todos los que logran saltar la valla esa noche, se llevarán, en el mejor de los casos, algunas cicatrices de recuerdo. Detrás de mí, el clamor de los camaradas precipitándose en masa recuerda al rumor sordo de una ola rompiendo contra una roca.

Cuando nació el padre de mi madre, la frontera no existía. Había dos regiones, el país de Badiar y Casamance, que correspondían a las dos culturas y los dos pueblos que allí vivían. Alrededor del monte Badiar, en la actual Guinea Conakry, vivían los badiarankés, una etnia discreta pero célebre por su habilidad para forjar las armas de los guerreros. Mi abuelo acostumbraba a pasar la frontera sin mostrar unos papeles que además nunca había tenido. Todos los ancianos actuaban de la misma forma. Un día se los pidieron, pero mi abuelo reprendió al aduanero: «Esta tierra es nuestra desde mucho antes de que naciera tu padre, así que yo camino por ella según me plazca». Aún hoy, las autoridades respetan a los viejos y hacen la vista gorda ante sus idas y venidas.

Estoy entre los primeros en dar la gran voltereta. En la pista que serpentea entre las dos vallas, los españoles gritan y disparan pelotas de goma al aire. Cuando se les agotan los cartuchos, empuñan sus armas reglamentarias, cargadas con balas de verdad. Corren por ahí en todas direcciones repartiendo porrazos y culatazos a diestro y siniestro. Les oigo insultarnos entre jadeos: «¡Putos negros! ¡Putos negros!».²⁴ Intentan golpear y detener a los que llegan a la segunda valla, pero somos demasiados. No dan abasto ni crédito a lo que ven, y dejan caer los brazos, casi replegándose, acojonados. Pero mientras escalo la segunda valla, aparecen ya otros uniformados que han llegado como refuerzo.

Muchos de los nuestros se han herido con las cuchillas de las concertinas colocadas en lo alto de las vallas. Al saltar la segunda, me corté el tobillo. Cuando llego a la cima, hago una pausa, porque abajo me espera un guardia con la porra levantada. Me coloco encima del tubo en V que sirve de soporte al rollo de alambrada, con la pierna derecha de un lado y la pierna izquierda del otro,

24 En castellano en el original.

esperando que el poli se vaya para perseguir a otro. Pero en ese instante dos malíes que han escalado la valla por la parte flotante, a mitad de camino entre mi pilar metálico y el siguiente, ruedan sobre las alambradas como si pretendieran realizar un salto de altura olímpico. Están envueltos en varios pantalones y varias chaquetas para protegerse de los cortes y al caer arrastran el rollo, que se estira de golpe y me desequilibra. Al caer al vacío, me quedo colgado de un pie, con una cuchilla clavada en las carnes. Tengo que sacudirme para poder soltarme, lo que me causa una herida aún más profunda. En ese momento, en caliente, no siento el dolor. Me agarro a la barra metálica para auparme a pulso, sacarme la cuchilla del tobillo y liberar mi pie antes de dejarme caer. El zapato se queda enganchado arriba. Si no hubiera tenido ese reflejo, probablemente me habría seccionado el pie. Una vez en el suelo, me levanto como en un sueño y corro entre los compañeros, que franquean desordenadamente los obstáculos que nos separan de la ciudad. Nos cruzamos con un montón de vehículos militares —la Legión— dirigiéndose hacia la frontera. Tanto del lado marroquí como del lado español, los refuerzos acuden con las sirenas a toda pastilla. Y es entonces cuando comienza el tiroteo.

Antes de la independencia, cuando pasaba a Guinea-Bisáu, mi abuelo decía: «Voy a Portugal»; y si iba a Gambia, decía: «Voy a Reino Unido», utilizando el nombre de las naciones que dominaban esos territorios. Senegal y Guinea Conakry eran Francia. Así que en aquella época no había frontera entre Temanto y Fulamansa.

Mientras corremos campo a través, no veo a mi alrededor más que caras conocidas. Malíes, nigerianos o cameruneses, los conozco a todos. Sin embargo, en cuanto cruzamos la frontera, cada uno va a lo suyo. Apenas intercambiaré unas pocas palabras con un chico mientras recobramos parados el aliento el uno al lado del

otro. Al cabo de algunos segundos, me anima a seguir: «¡Venga, Mahmud!». Voy a correr a su lado hasta quedarme sin fuerzas.

No tengo tiempo para ocuparme de nadie que no sea yo hasta que franqueo la segunda barrera. Mientras salimos pitando hacia la ciudad, un tipo cae al suelo cerca de mí. Grita de dolor, como si se hubiera roto la pierna. Todo el mundo pasa a su lado gritándole que cierre el pico: «¡Conseguirás que nos localicen, tonto!». Al acercarme a él, me doy cuenta de que lo único que tiene es un tirón. Le hago levantar la pierna en vertical y apoyo el vientre con todo mi peso sobre la planta de su pie; eso lo alivia. El tipo, que es mayor que nosotros —tiene treinta y pico años— conseguirá llegar finalmente al Centro de Estancia Temporal para Inmigrantes (CETI).

Por encima de todo tememos que nos devuelvan al lado marroquí. Lo que nos salva es que la misión prioritaria de las patrullas con las que nos topamos es taponar los boquetes en la frontera para impedir que consiga entrar más gente. Más tarde, nos enteraremos de que la consigna era meternos en celdas y expulsarnos al día siguiente a Marruecos, pero que los guardias no disponían de medios para hacerlo inmediatamente. Antes, cuando saltábamos la barrera en pequeños grupos, nos interceptaban, telefoneaban a su superior, y la mayoría de las veces, este ordenaba que nos expulsaran sin más. Pero hoy somos demasiados. También nos contarán posteriormente que la ONU hizo presión para que los que entraron aquella mañana en territorio europeo tuvieran derecho a que se le examinara sus casos uno por uno antes de una eventual expulsión. Nuestra situación y nuestras motivaciones requerían ser estudiadas. Al menos, eso es lo que nos dio a entender un representante de Naciones Unidas que visitó el centro algunos días después.

Al principio, la herida apenas me molesta, tengo los músculos calientes y el pánico me anestesia. Pero tras una hora errando entre los obstáculos que nos separan del centro de la ciudad, em-

piezo a ralentizar el paso. Cuando la patrulla me localiza, me encuentro atrapado en una pista situada entre dos alambradas y estoy al límite de mis fuerzas. No he logrado sortear el obstáculo siguiente y todavía estoy subido encima cuando me gritan que baje. Me ordenan que me tienda boca abajo y comprendo que quieren comprobar si estoy armado. Les hago seña de que no. Me esposan con las manos detrás de la espalda, me registran los bolsillos, me levantan y me meten en un coche para llevarme a comisaría. Solo se dan cuenta de que estoy herido cuando ya estamos allí, al fijarse en mis pantalones empapados en sangre. Me había puesto varios pares de calcetines y tres pantalones para protegerme de las cuchillas que rematan la alambrada, pero ahora todo eso no son más que harapos. Me doy cuenta entonces de la gravedad de la herida. Al quedarme quieto, noto un dolor intenso que me recorre todo el cuerpo. Llego a los servicios a la pata coja y dejo un reguero de sangre a mi paso. Los policías me meten en una celda, pero me observan a través de los barrotes mientras hablan en voz baja. Entonces deciden llamar a la Cruz Roja para que me lleve hasta la enfermería. Desde allí, después de haberme examinado el personal médico, me trasladan a una clínica mejor equipada para operarme de urgencia. Me limpian la herida, me la cosen y me prescriben reposo total si quiero tener alguna posibilidad de recuperar el uso del tendón de Aquiles. Mucho más tarde, un inspector de policía ordena que nos trasladen al CETI. Entretanto, he tenido tiempo de ir viendo llegar a gran cantidad de camaradas con heridas semejantes a la mía o incluso más graves. Decenas de heridos pasan por esta nave habilitada para la ocasión. En la primera hornada, cuento dieciocho pacientes tumbados sobre colchones colocados en fila directamente en el suelo. Algunos se quedan el tiempo suficiente para que les pongan un vendaje antes de ser evacuados para hacer sitio a otros. Durante varias horas, solo ha habido dos enfermeras ocupándose de nosotros sin descanso. Cuando por fin llega el relevo están ojerasas y sudando, y se van a tomar un café

al vestíbulo de la entrada. En ese momento, un taxi que maniobra en la nave con un herido a bordo casi le chafa la pierna a uno de los nuestros. Todo el mundo se pone a gritar y una de las enfermeras vuelve corriendo de la sala de espera para echarle la bronca al conductor. Le grita algo que yo interpreto como: «¿Estás mal de la cabeza? ¿Quieres rematarlos o qué?».

A la mañana siguiente, un tipo viene a vernos al hospital; parece un político, y se desplaza en un vehículo con chófer. Nos dice en francés que no cunda el pánico, que nos van a trasladar al CETI. Se muestra amistoso: «No os preocupéis, que no vais a volver a Marruecos». Los enfermeros nos lo confirman: «Marruecos, no. ¡Marruecos se acabó!». Ante nuestras expresiones de incredulidad, insisten: «¡Os quedáis aquí, en Ceuta, *tranquilos!*».²⁵ Es evidente que temen reacciones desesperadas o gestos violentos. Todavía estamos en estado de *shock*, escaldados por las mentiras y los abusos de todo aquel que luce uniforme. Debatimos entre nosotros acerca de qué actitud adoptar. Un malí se niega a dar su brazo a torcer: «¡No confío en ese cabrón!». Sin embargo, cuando los vehículos de la policía se paran delante la entrada de la nave, la mayoría de nosotros nos levantamos sin rechistar. Ya nos vamos a enterar de qué es lo que se cuece en ese famoso CETI. Ahora bien, una vez instalados en paquetes de seis en la parte de atrás de las furgonetas, no vemos la carretera, lo cual no nos tranquiliza en absoluto. Y francamente, no nos llega la camisa al cuerpo.

Todavía hoy guardo en la memoria el ruido de la ropa desgarrándose en las alambradas. Durante el asalto se percibía muy claramente lo que sucedía a tu lado: los pantalones rajados por las cuchillas, las avalanchas, los insultos y las quejas de los desgraciados que caían unos encima de otros: «Eh, ¡quita la pierna de ahí! ¡Suéltame!». Se oían los gritos de los que perdían el equilibrio y

25 En castellano en el original.

caían pesadamente, el impacto de las porras en la espalda, la cabeza y los brazos de los fugitivos, los gemidos de los heridos que suplicaban y llamaban a su madre. «¡Ay, Dios mío, Dios mío!». Fue aterrador y no obstante, más tarde, cuando volvimos a acordarnos de todo eso, nos reímos... Después de reagruparnos en el CETI, cogimos la costumbre de bromear sobre las caras que habían puesto los compañeros y las palabras que habían pronunciado en el calor del momento. Nos contábamos las desventuras de este o de aquel, la manera en que fulano salió pitando, cómo mengano tropezó, el pánico que le entró... Pero en caliente fue un momento de concentración intensa en el que las imágenes desfilaban delante de tus ojos a cien por hora y tu ánimo estaba completamente centrado en un solo objetivo: salvar el pellejo como fuera.

Los que se reunieron con nosotros más tarde cuentan que cuando llegaron los refuerzos lo que más se oía eran los llantos y los gritos de dolor. En ese momento, yo estaba corriendo en la oscuridad sin darme cuenta de nada. Lo único que oímos, y casi hasta el alba, fueron los disparos. Incluso las patrullas de la Guardia Civil con las que nos cruzamos en los alrededores de la ciudad tiraban al aire. Por todos lados se oían sirenas de ambulancias y disparos de los guardias para asustar a la gente. Nosotros solo teníamos una idea en la cabeza: llegar al centro antes de que amaneciera. Algunos intentaron ocultarse en casa de lugareños. Si tenían suerte, un vecino les abría y les cuchicheaba: «Entra, siéntate, tranquilo, hay que esperar a que pase todo». Otros, sin embargo, cuando veían a un tío herido pedirles ayuda, le daban con la puerta en las narices por miedo a que se muriera en su casa y que eso les acarrearía problemas. Los más afortunados pudieron esconderse varios días mientras esperaban que regresara la calma.

Aquella noche, casi un millar de clandestinos corrió hacia las vallas. Bastante menos de la mitad de ellos logró atravesarlas. La mayoría eran hombres jóvenes en plena forma física, pero al

principio estuvieron mezclados ahí menores y adultos, hombres y mujeres, e incluso niños pequeños. Vi a mujeres de cuarenta años que habían venido con la intención de cruzar el estrecho en patera jugarse la vida en las vallas por miedo a una redada violenta al día siguiente. Vi a madres trepando con su bebé nacido en el campamento a la espalda. Más de una mujer joven y valiente, vestida como un hombre, intentó saltar las alambradas a nuestro lado. Una de ellas se agarró a la alambrada con las manos desnudas, cerca de mí, y la volví a ver en el centro, donde decía que era sudanesa. Al menos una marfileña llegó hasta el CETI después de haberse precipitado por una brecha con su niño pequeño. Nos enteramos por la tele de que en algunos puntos las alambradas se habían hundido bajo el peso de los asaltantes, como habíamos esperado.

Supimos que un grupo de mujeres y de hombres atrapados entre las dos alambradas había decidido correr hacia un extremo del corredor, en dirección a la entrada principal de Ceuta. Apostando por el efecto sorpresa, pensaban forzar las puertas de la aduana en el puesto fronterizo principal, pero la Guardia Civil los detuvo a la altura del polígono industrial del Tarajal, ese mismo polígono donde cada madrugada vienen a abastecerse de mercancías europeas las sufridas «mulas» del contrabando. A la salida de una curva cerrada, los civiles les pegaron culatazos en las tibias para tumbarlos. Una vez en el suelo, hicieron la selección: a los que no estaban heridos de gravedad, los entregaron inmediatamente a los Alís por la puerta principal. Los más astutos se embadurnaron con la sangre de sus vecinos y se pusieron a gemir como moribundos para evitar la expulsión.

21. Centro de Estancia Temporal para Inmigrantes

APENAS ME HE BAJADO de la furgoneta cuando veo a Bubacar Kundera, Yuma Conakry y a Alex el camerunés, que me hacen grandes aspavientos desde el campo de fútbol del CETI. A estos tres los conocí en los guetos, saltaron la valla como candidatos libres y languidecen aquí desde hace ya varias semanas. Al vernos dan gritos de alegría: «¡Bravo, hermanos! ¡Bienvenidos, empezábamos a desesperar!». El vigilante que está de guardia delante del portón los recrimina: «Dejadle en paz, ¿no veis que está herido?». En voz baja, Yuma me explica que «aquí estamos en minoría» y Alex me cuenta que en cuanto llegó la noticia hasta aquí, la mayoría de los negros del CETI tiraron para el centro de la ciudad con bolsas llenas de ropa limpia con la idea de ayudar a los tumbadores de fronteras a camuflarse.

En Ceuta, a diferencia de Melilla, donde hay que presentarse lo antes posible en comisaría para declararse solicitante de asilo —algo muy extraño para los clandestinos, que se han pasado meses y años huyendo de los uniformes—, primero tienes que buscar el CETI o el centro San Antonio, un hogar católico para refugiados. El personal de estos centros se encarga luego de concertar una cita en comisaría, donde tienes que explicar las razones por las que quieres entrar en Europa. Estos centros están reconocidos por la Unión Europea: una vez dentro, no pueden expulsarte sin antes estudiar tu caso.

Una vez en el CETI hicimos nuestros propios cálculos y, según los datos de todos los países participantes, calculamos que cerca de trescientas personas consiguieron cruzar la frontera aquella noche. Al principio éramos mucho más numerosos, pero a muchos no les dio tiempo a saltar. Algunos dieron media vuelta sin probar suerte siquiera cuando vieron llegar los refuerzos y oyeron los disparos. Un gran contingente de desafortunados fue interceptado por los marroquíes o por la Guardia Civil, sin olvidar a los muertos. Los gobiernos español y marroquí hablaron de cinco clandestinos fallecidos, pero según nuestras estimaciones pudieron perfectamente haber sido doce o trece. Los periódicos contaron cuatro, luego cinco, puede que hasta seis muertos, pero creo que fueron más. La mayoría murieron por disparos de bala, otros fueron pisoteados durante la avalancha al pie de las vallas y algunos dicen haber visto desgraciados abrirse el vientre sobre las concertinas de púas, o ser alcanzados por una bala en lo alto de la valla y morir arriba, suspendidos entre África y Europa. Yo pasé justo antes de que empezaran a disparar con balas de verdad; no sé quién tiró a dar, pero desde luego vi a los guardiaciviles desenfundar sus pistolas. Lo que está claro es que los disparos salieron de los dos lados de la frontera. En ambos lados estaban armados y desde ambos lados dispararon.

El CETI de Ceuta está situado en lo alto de una colina, separado de la frontera por un campamento de la Legión. A la sombra de un pinar, el CETI recuerda un colegio y tiene más capacidad que el centro San Antonio. Tras el torniquete automático de control, te encuentras primero con la conserjería, luego con un edificio de dos plantas donde están las aulas, la biblioteca y el salón de actos. Las oficinas, la enfermería y el comedor están en torno al aparcamiento. Abajo, rodeando un campo de fútbol, hay tres edificios rectangulares donde están los dormitorios. Dominando la carretera que llevaba a Beliones antes de que se cerrara la frontera, un gran edi-

ficio de construcción reciente alberga otros dormitorios, y en el extremo hay un jardín de infancia. Las mujeres y los niños se alojan aparte. En cada estancia duermen diez personas; tienen los techos bajos y están equipadas con literas: dos de tres camas y dos de dos. Estos dormitorios pueden acoger a un total de cuatrocientos veinte migrantes, pero en los días que siguieron al asalto, superamos con creces ese número. Y los subsaharianos nos volvemos mayoría.

Me sorprende mucho ver que aquí hay gente del mundo entero. La variedad de idiomas y de tonalidades de piel me dejan estupefacto. «¡Pensaba que este lugar estaba reservado para los pobres! ¡Para los africanos!». Solo en nuestra habitación, tenemos que convivir dos guineanos, un camerunés, tres malíes, un bengalí, dos tunecinos y un indio. La dirección del centro se niega a agruparnos por nacionalidades «para evitar el comunitarismo». Después de la segunda noche, tras algunos roces con los tunecinos, sustituyen al bengalí por un marroquí. Avisamos al recién llegado: «¡Aquí no manda Mohamed VI sino Zapatero!». Un malí pide cambiar de cama: «¡De ninguna manera voy a dormir yo debajo de un marroquí!». Pero nadie quiere cambiarse, hay tensión en el ambiente, y hasta los tunecinos marcan sus distancias con él. Al indio tampoco le apetece mezclarse con los magrebíes, prefiere nuestra compañía, a pesar de que en su país a los negros se les considere unos salvajes. Su acento y su manera de saludar nos hacen mucha gracia. Abre los ojos como platos cuando le cuento lo que hemos pasado para llegar hasta aquí. Él pagó tres mil dólares por viajar en coche desde Casablanca a Ceuta. Según nos cuenta, hay un pacto entre aduaneros marroquíes y españoles para dejar pasar ciertos vehículos sin pedirles la documentación a los pasajeros. Con imágenes de los palacios y las suntuosas fiestas de las películas de Bollywood en la cabeza, le pregunto: «¿Qué problema tenías tú en la India para querer emigrar aquí?». Me explica que allá hay gente muy rica, pero que la mayoría es muy pobre. También habla de fricciones

entre religiones: él suele volver borracho de los bares del centro y nos cuenta que en su país tenía que esconderse para beber. Para él, España no es más que una etapa, quiere ir a Inglaterra con la esperanza de marcharse un día al Canadá. En cuanto puedo, le digo al marroquí recién llegado: «Vosotros nos hacéis la vida imposible para impedir que pasemos la frontera y total, una vez aquí, ¡nos encontramos a medio Marruecos aquí metido!». Después del drama que hemos vivido, esta situación inesperada nos vuelve locos, hasta el punto de provocar altercados: «¡Cuando llegamos a vuestro país nos llamáis africanos, como si fuera un insulto, pero una vez aquí os hacéis los pobrecitos africanos para suplicar que os dejen entrar en Europa!». Como los magrebíes nos vacilan, llegamos a las manos y en más de una ocasión tiene que intervenir la Guardia Civil. Un día, con el pretexto de separar a dos tipos, un vigilante de origen marroquí se ensaña a porrazos con el malí implicado. Su adversario, que es magrebí, bromea con él: «Me encanta la manera que tienes de zurrar a los negros». Por suerte, los demás guardias median en los conflictos de manera más imparcial, y a veces, todo hay que decirlo, los problemas los causan los negros.

Aquí los árabes no se llevan bien más que entre ellos, salvo Mohamed, un loco del hip-hop al que no le da miedo criticar los defectos de la sociedad marroquí y con el que paso largos ratos hablando de música. Los dos tunecinos también son tipos simpáticos. Cuentan que en su país estaban en peligro de muerte. Creo que son homosexuales. Después de llegar a Casablanca en avión, compraron unos pasaportes de residentes falsos en Tetuán y entraron en Ceuta por la puerta grande. Pero no sabían que entrar en Ceuta no otorga el derecho a circular libremente por España. Los pobres diablos han solicitado asilo político y esperan la resolución de su estatus desde hace ocho meses. Soy el único del dormitorio que se lleva bien con ellos, los demás los toman por marroquíes... Los subsaharianos del CETI están furiosos con Marruecos y con

el resto del Magreb. El instinto de clan es muy fuerte, cada grupo funciona por bloques y, ahora que tenemos un pie en Europa, una competencia malsana nos enfrenta los unos con los otros.

Sin embargo, en Marruecos los pobres son al menos tan pobres como los de nuestro país. Los que nos encontramos aquí son lo más tirado de lo tirado. Allá en su país, están casi tan mal vistos como los negros. Reconozco una vez más en ellos los malos modales de los maleantes que nos agredían en los caminos del Rif o a los que contrataban la policía o los traficantes en la zona de Beliones. A menudo estos tíos huyen de su país tras haber cometido un delito. Los más desesperados cruzan la frontera a nado. Para evitar la expulsión —España y Marruecos han firmado un acuerdo de repatriación inmediata— se hacen pasar por refugiados argelinos, lo que provoca conflictos con los argelinos de verdad.

Las mujeres, por su parte, obtienen el estatus de refugiadas en calidad de esposas repudiadas, madres solteras o viudas sin recursos. La precariedad de su situación en sus pueblos dificulta su expulsión. Algunas se prostituyen en la ciudad, otras buscan la protección de un hombre. Respetado por todos por haber organizado torneos de fútbol entre los habitantes del centro y equipos de españoles de los barrios de Ceuta, un camerunés se pasea del brazo de su novia magrebí.

A raíz de la guerra civil de 1998 en Guinea-Bisáu y la llegada de refugiados, nuestro pueblo creció. En este período de «crisis humanitaria», como dice la tele, Temanto siguió siendo un lugar abierto. «Hay tierra suficiente para acoger a estos hermanos», decretaron los ancianos. Entre nosotros nadie paga alquileres, ni por un techo ni por un terreno, y los recién llegados siempre han encontrado a alguien que les ayuda a construir su choza o a sembrar la primera cosecha. Al año siguiente, tienen que arreglárselas solos, pero mientras tanto, nadie pasa hambre.

Nos convocan a todos por los altavoces: el representante de la ONU en España viene a visitarnos. En el salón de actos se presenta un señor acompañado por una intérprete. Quiere saber por qué hemos asaltado la frontera. Paula, una monja seglar encargada de la alfabetización en el centro San Antonio, nos ha aconsejado que se lo contemos todo, sobre todo lo que hemos padecido en Marruecos, así que no nos hacemos de rogar. Para concluir nuestro rosario de sufrimientos, le echamos en cara al mandatario que para nosotros Kofi Annan no es más que un florero negro que han puesto a la cabeza de la ONU para decorar. El hombre pretende hacernos creer que no tiene suficiente información: «Algunos países no nos permiten supervisar libremente las condiciones de vida de los refugiados». Parece sinceramente apenado y nos promete hacer todo lo posible para que a ninguno de nosotros nos expulsen, pero añade acto seguido que él no tiene poder de decisión. «Todo depende de la Unión Europea».

Me quedaré cinco meses en el centro, y las primeras semanas las pasaré convaleciente. La herida del tobillo no me permite explorar la ciudad, así que mato el tiempo leyendo en la biblioteca y no me pierdo ni una clase de español. También hay clases de higiene y de salud, nos hablan de sida, de los países más afectados y de métodos para prevenirlo. Hay médicos, cocineros, profesores de idiomas o de informática, además de una asistente social y una psicóloga pagados para prepararnos para la vida en Europa. Las clases son obligatorias pero nadie controla las ausencias y muchos hacen rabona para ir a la ciudad a ganarse cuatro perras haciendo de gorrilla o ayudando a las mujeres a llevar las bolsas de la compra a la salida de los supermercados. Es obligatorio estar de vuelta a la noche, si no quieres que te retiren la tarjeta electrónica que te permite abrir la barrera automática. En cuanto me recupero lo suficiente, salgo a las calles. Los días de suerte, alguien me aborda y me lleva a su casa para hacer cualquier chapuza o mover muebles.

Un día le echo una mano a una señora que está de mudanza y me paga sesenta euros. Es la primera vez que me pagan tan bien. Estoy loco de alegría y para celebrarlo doy unos pasitos de danza en nuestro dormitorio.